

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

Durante tres domingos hemos leído el capítulo 13 de San Mateo, en el cual se nos presenta, mediante siete parábolas, lo que es y significa el Reino de los Cielos.

En los vv. 44-46 se nos habla de dos parábolas muy semejantes y propias de San Mateo: La parábola del Tesoro y de la Perla: “*El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder, y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo*”. Podríamos decir que no es el reino como tal (aunque también esto) lo que se compara a un tesoro o a una perla: la comparación se establece entre lo que sucede cuando un hombre encuentra un tesoro y lo que pasa (o debe pasar) cuando un hombre descubre el reino.

Las parábolas de la *Semilla*; el grano de *Mostaza* y la *Levadura*, quieren expresar la potencialidad, el dinamismo de Reino de los Cielos; ahondan en la esencia del mismo; estas dos parábolas señaladas, sin olvidar el valor esencial del Reino, intentan profundizar en la actitud del hombre: primeramente el aprecio, la valoración del Reino, de la Grata Noticia. Esta experiencia produce en el hombre una inmensa alegría, gozo, anhelo. No estaríamos equivocados si nos detuviéramos más en esto, en explicar la estima y el regocijo del tesoro y de la perla.

Nos paramos a contemplar lo que hizo aquel hombre, que encontró el tesoro: *Vende todo lo que tiene para adquirirlo*. Tenemos que acentuar que la renuncia o desprendimiento evangélico además de ser un medio para acceder al reino, es principalmente consecuencia del hallazgo.

Aquí también tenemos que escuchar a los místicos más que a los ascetas. La moral es buena; pero se la comprende justamente desde la luz de la mística. Quizá nos hemos equivocado al intentar convencernos de que debemos forzarnos para conseguir el campo, en donde está enterrado un tesoro, cuando lo importante sería enamorarnos del tesoro.

La última parábola de este capítulo es la de la red: “*El reino de los Cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: ... reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran*” Algunos dicen que esta parábola, para seguir el pensamiento o trabazón, debería ir a continuación de la parábola de la cizaña o, mejor aún, de su explicación. La oposición de los *justos* y de los *malos* siempre será una realidad, que debemos aceptar, intentando dar soluciones, no radicales, drásticas, sino evangélicas. Hay una ascesis directa, visceral, casi ciega: eliminar al contrario, al que no piensa como yo; es fácil llegar al heroísmo en esta orientación; hay otra ascesis, más sutil, más teológica: la aceptación de lo cotidiano, de la convivencia. En toda ocasión encontraremos el tesoro, la perla preciosa; pero la adquisición del mismo y de la misma varía. Hay cierta pasividad, que supera toda actividad: el dejar que el trigo crezca con la cizaña, que en la red del pescador queden atrapados los peces buenos y los malos.

Al fin de poner una conclusión a la serie de parábolas del reino, Mateo coloca aquí una sentencia un tanto enigmática de Jesús: “*¿Entendéis bien todo esto?*” Ellos le contestaron: “*Sí*” ¿ Es éste el lugar de este versículo y del siguiente?. Frecuentemente se duda de ello. Esta comprensión no es solamente un esfuerzo de la inteligencia, sino un discernimiento espiritual; se trata de captar *el misterio del reino*. La cuestión se plantea a los discípulos y también a la Iglesia mateana de los años 80. El *sí* de la respuesta no es un simple *sí* escolar, sino expresión de una verdad, de que realmente han comprendido las siete parábolas del Reino de los Cielos.

El último versículo del capítulo 13 puede resultar algo misterioso; pero es útil y provechoso: “ *Ya veis, un escriba que entiende del Reino de los Cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo*” Esta afirmación puede ser aceptada en su sentido inmediato y en su significación más universal. En su sentido inmediato puede significar lo siguiente. El escriba es el conocedor de la Torá, el rabino autorizado, el teólogo por oficio. El escriba, que acepta el Reino de los Cielos, se convierte en discípulo de Cristo, en discípulo (no de la Torá), sino del Reino de los Cielos, anunciado por Jesucristo. Este escriba, no debe olvidar lo antiguo, sino que además debe dar cabida en su vida a un mensaje Nuevo; hasta incluso debe invertir el orden: primeramente vivir de lo nuevo y de lo antiguo.

En un sentido más universal esta sentencia indica que todo cristiano, todo hombre, que acepta a Jesucristo, debe saber orientar todo hacia este fin. Nada se debe perder por falta de orientación. Cualquier acontecimiento debe ser trascendido, reciclado en la tarea del discípulo en esa búsqueda-encuentro con el Señor, con el Reino de los Cielos.

De aquí se deduce la oportunidad de la elección de la primera lectura: Primer Libro de los Reyes, 3, 5.7-12. “ *Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues ¿ quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso?. Al Señor le agradó que Salomón hubiera pedido aquello...*” Este texto nos puede servir para tomar la actitud debida ante las parábolas del Señor acerca del Reino de los Cielos: capacidad de saber comprenderlas, de distinguir el mal del bien. Cuando falta el registro adecuado para comprender las cosas, éstas no son rectamente captadas. Salomón sabe valorar y apreciar lo importante para saber gobernar: primeramente, en principio, saber distinguir, poder ver, detectar dónde está el mal y dónde está el bien. Esta oración del “ *rey sabio*”, además de invitarnos a pedirle al Señor capacidad de discernimiento, de escucha, de comprensión ante el mensaje del Reino, nos mueve a valorar unos tesoros, que realmente son, aunque para muchos no lo sean. Un corazón dócil es un tesoro, una perla preciosa para poder gobernar; no es la dialéctica, la mayoría de los votos, lo que capacita a un gobernante. Los cristianos confesamos que el Reino de los cielos es un verdadero tesoro, una perla preciosa. Los valores que ofrecemos y ofertamos, no están pasados de moda, sino vigentes y actuales.

El salmo 118 (el gran salmo del salterio, cuyo tema es la Ley del Señor) y que hoy es usado como salmo responsorial, nos debe y nos puede ayudar para comprender el evangelio y la primera lectura. Sería muy interesante explicar el contenido de este salmo, capaz de seducir y de enamorar a todo escriba, a todo cristiano. El estribillo es una confesión sincera, gozosa, alegre del salmista, que expresa, no ya el conjunto del salmo, sino la actitud: ¡ *Cuánto amo tu voluntad, Señor!*

Concluyendo y sintetizando todo el capítulo 13 de San Mateo, el capítulo de las siete parábolas, decimos hay parábolas que acentúan la potencialidad del reino de los cielos, la fuerza del mismo: la *semilla*, el grano de *mostaza*, un poco de *levadura*; otras son el exponente de la paciencia de Dios: el *grano de trigo* y la *cizaña*, la *parábola de la red*; por último, ante esta realidad solamente cabe una postura: venderlo todo por el Todo: las parábolas del *tesoro* y de la *perla preciosa*. Después de un poco de silencio, uno musita en su corazón: ¡ *Cuánto amo tu voluntad, Señor!* Desde ahora echaré mano de la nuevo y de lo antiguo para anunciar a los demás y a mí mismo el Reino de los Cielos: *Verdadero Tesoro, Verdadera Perla Preciosa*.

